

EL CATOLICISMO EN UNA SOCIEDAD SECULARIZADA: EL CASO URUGUAYO

Néstor Da Costa

Universidad Católica/Instituto Universitario CLAEH – Uruguay

Resumen. El artículo realiza una caracterización del catolicismo en Uruguay, reconociendo que el mismo revista las características culturales propias de dicha sociedad, tempranamente secularizada desde principios del siglo XX y atípica respecto del resto de América Latina. Se describe el periplo de relacionamiento del catolicismo con el conjunto de la sociedad y se plantean los principales desafíos que el momento actual le plantean en el marco de la modernidad tardía y en una época de permanentes cambios.

Abstract. The author provides a characterization of the Catholic Church in Uruguay, showing how it is influenced by the cultural characteristics of Uruguayan society, which is the most secular one in Latin America. He describes the relationship that this institution has established with the rest of the society during the XX century, and what kind of challenges it confronts in the contemporary conditions of late modernity.

En torno al concepto de secularización

El título del Seminario Temático que me toca integrar me hizo cambiar el enfoque y el énfasis de lo que originalmente pensaba exponer. Dado que el mismo es “Secularización y Pluralismo” y mi ponencia es acerca del catolicismo en una sociedad “secularizada” me pareció pertinente comenzar por el tratamiento del concepto de secularización que aunque en los últimos tiempos se percibe un cambio en el contenido del término secularización, en algunos ámbitos y en especial en mi país es un debate todavía pendiente.

Las teorías de la secularización han dominado los enfoques de la sociología de la religión en una parte sustancial de este siglo. Sin embargo siempre ha habido contrasentidos y poca claridad, o más bien ambigüedad, en torno a la definición del concepto que ha sido utilizado con distintos sentidos. Es así que se bajo el término secularización se ha aludido a:

- Procesos de creciente decadencia de la religión en la sociedad que marcaban un proceso que marcaba como horizonte próximo su desaparición y superación por las ciencias positivas.
- Procesos donde lo religioso progresivamente se mundanizaba, en donde los procesos de institucionalización socavan la pureza inicial del mensaje religioso, perdiendo éste su capacidad evocativa de lo metasocial
- También ha significado un proceso de autonomización de la sociedad frente a lo religioso. La sociedad, con el avance de las ciencias, se autonomiza de las imposiciones que le habían sido impuestas desde la ortodoxia religiosa.
- Otro significado ha sido el de la “desacralización” del mundo: El mundo entero (y no solo la sociedad civil) queda desposeído del carácter sagrado, en tanto que todo es expesable por construcción de tipo racional-causal. El triunfo de la razón, la ciencia y el progreso avanza inexorablemente.

En suma, desencanto del mundo, pérdida de peso de las instituciones religiosas, avance de la ciencia y la razón, la noción de progreso, la inexorable desaparición de la religión, privatización de

lo religioso, desacralización, aparecen como elementos a los que de una forma u otra se aludía con el término secularización. Los hechos, una vez más, son quienes van diciendo hoy en día que las cosas no han ido en esa dirección. La realidad es porfiada y se resiste a hacer caso a las observaciones de expertos y a nuestras premoniciones.

Subyacente a estos enfoques dominantes sobre la secularización aparecen algunos aspectos a mencionar. Uno de ellos es que todo este arsenal teórico fue construido para occidente – en sentido amplio – donde la expresión de lo religioso ha estado referida a la presencia de la institución mayoritaria como es la Iglesia Católica, y esto ha llamado a muchos a confundir o identificar, consciente o inconscientemente Iglesia Católica con religión. La Iglesia Católica no es más que una manifestación histórica del hecho religioso, con una institucionalidad propia (Estruch 1994).

También se aprecia en este tema la perdurabilidad de los conceptos – o más bien profecías – decimonónicos sobre la decadencia y desaparición de la religión, que no han tenido el necesario respaldo empírico. Los hechos actuales muestran a quien quiera verlos que la religión no ha desaparecido, sino que está presente en formas distintas, que lo que está sucediendo es que hay una importante reestructura del campo religioso en nuestro tiempo, pero ciertamente no una desaparición del mismo. Hay quienes afirman que “todo desencantamiento del mundo supone e implica a la vez la emergencia de nuevas formas de reencantar” (Estruch 1994). Siguiendo a Daniele Hervieu Leger no se trata de un despertar religioso ni de un retorno a lo sagrado, sino que se está en presencia de una continuidad del fenómeno religioso. De una continuidad dentro de una profunda transformación social. Se trata de la reorganización de la presencia de la religión en el contexto de la modernidad (Hervieu-Leger 1986).

El caso uruguayo

Luego de esta introducción que pretendió acotar el término “secularización” intentaré hablar del catolicismo en Uruguay, un

país y una Iglesia que se consideran “secularizados”. Quizá este término se refiere en el contexto uruguayo a la temprana separación de la Iglesia Católica de los poderes del Estado.

En Uruguay la Iglesia Católica se separó del Estado en la Constitución Nacional de 1917, legal y efectivamente. El proceso que localmente se ha llamado “proceso de secularización del Uruguay” fue en definitiva un itinerario histórico de construcción nacional en que el Estado emergente y la Iglesia Católica pugnarón por la ocupación de lugares públicos (Caetano y Geymonat 1997). En ese marco el Estado fue asumiendo funciones que históricamente había desempeñado la Iglesia Católica (como control de cementerios, hospitales, laicización de rituales públicos, secularización de los feriados, cambio de nombre de más de 30 pueblos y ciudades con nombres de santos, etc.) y estuvo jalonado de fuertes enfrentamientos entre estos dos actores, así como por enfrentamientos en el seno mismo de la Iglesia Católica, enfrentamientos que reproducían las posiciones en la sociedad dentro de la Iglesia.

El proceso de separación de la Iglesia y el Estado culmina hacia 1920. El Estado uruguayo logra consolidarse hacia 1904 y en los primeros años del siglo XX se desarrolló un proceso social de modernización muy importante para el país ya que tuvo características fundacionales, en cuanto a la puesta en marcha y consolidación de un modelo de país viable, con una importante estructura productiva, de servicios y con un fuerte rol de integración social que hicieron del Uruguay un país con importantes avances en comparación con el resto de América Latina.

La Iglesia Católica se había resistido al proceso de pérdida de influencia y había desarrollado una estrategia de presencia a través de la creación de organizaciones católicas (sindicatos, partidos políticos, la pugna por la educación religiosa) contando con la importante figura del primer Arzobispo de Montevideo, Mariano Soler, -un importante intelectual de la época- y un grupo de laicos de fuerte presencia en lo social (Caetano y Geymonat 1997). La Iglesia desarrolló una estrategia de reconquista de los espacios perdidos. Este se hizo fundamentalmente a través del proyecto de los

“Congresos Católicos” (Bazzano 1993). El primero se desarrolló en 1889 y tuvo por objeto unificar fuerzas frente a los ataques exteriores; el segundo se llevó a cabo en 1893 y en él se dio especial impulso a la promesa católica. El tercer congreso fue en el año 1900 y prestó atención a la organización de la juventud y se planteó por primera vez organizar a los católicos en torno a un partido político. El cuarto y último se realizó en 1911 y su objeto fue la reorganización del laicado en torno a las tres uniones, la Unión Social, la Unión Económica y la Unión Cívica. Concomitantemente otra institución como el Círculo Católico de Obreros realizaba también congresos en la misma dirección. El proceso encuentra su fin en la década de 1920 luego de la separación de la Iglesia con el Estado: los textos de la época permiten ver que tanto desde la esfera de los poderes públicos como de la iglesia Católica se comienza a aceptar que el lugar de ésta última está en el ámbito de lo privado e íntimo y no en lo público.

Como saldo de esta larga y dura pugna no sólo el estado tomó el control de un conjunto de servicios e instituciones antes controladas por la Iglesia Católica, sin que entroncando con el proyecto de país batllista (por ser José Batlle y Ordóñez, presidente de la República su propulsor), el Estado se convirtió en un fuerte proveedor de dones, asumiendo para sí un importante conjunto de elementos religiosos, reflejando los anhelos de trascendencia en la actividad profana del Estado que se presentaba como el gran proveedor de bienes materiales y simbólicos.

El culto religioso o cuasi religioso a lo profano se materializa en el Estado uruguayo y en su sistema político. Se producen transposiciones de creencias, devociones, rituales y liturgias al ámbito secular. Estas consideraciones parten de la base de que el conjunto de elementos míticos y litúrgicos que aparecen centralmente en algunas sociedades llamadas “secularizadas” no son exclusivos de religiones de lo sobrenatural.

En la conformación del Estado y la nación moderna uruguaya se produjo un desplazamiento de la Iglesia Católica a lugares secundarios de la sociedad y el nuevo Estado, integrador de diversidad poblacional inmigrante, proveedor de casi todo, se

transformó en una religión civil, como dice Giner (1994) a través de la *“sacralización de rasgos de la vida social en rituales públicos y liturgias cívicas o políticas encaminados a conferir poder y reforzar la identidad, y el orden en una colectividad heterogénea, atribuyéndose trascendencia mediante la dotación de carga numinosa a sus símbolos, así como de carga épica a su historia”*.

Al decir de un autor uruguayo *“... se extirpó la religión oficial, se la arrinconó hasta hacerla disidencia familiar... pero no se eliminó la religiosidad, sino una religión establecida y se fundó otra religión que se convirtió en la mayor religión uruguaya del siglo XX”* (Andacht 1992).

La Iglesia Católica aceptó su rol en la esfera de lo privado, íntimo y prácticamente, con pocas oscilaciones, se mantuvo allí hasta la llegada de los 60. Durante todo ese tiempo se desarrolló una actitud de preservar a los que ya eran católicos en estructuras confesionales, al decir de Segundo y Rodé (1969), se desarrolló un modelo de *“... pequeña cristiandad privada enclavada en un país laicista, fortaleza sitiada y campana de cristal”* donde *“la vida del clérigo cada vez más se desarrolla dentro de las filas católicas, con poco contacto con el exterior; la vida del laico católico, resulta forzosamente escindida en difícil tensión entre un país liberal cuyas reglas de juego debe asumir de hecho por la fuerza de las cosas”*

La década del 60 replantea el lugar social de la Iglesia Católica a partir de la conjugación de un conjunto de factores, por un lado el agotamiento de un modelo de país con su crisis propia, por otro el Concilio Vaticano II con una clara reformulación del rol y la presencia de la Iglesia en lo social así como la Conferencia de Obispos de Medellín (para algunos la adaptación del Concilio Vaticano a América Latina); y como tercer factor debemos agregar los aires propios de esa década provenientes allende fronteras.

La división comenzó a instalarse en el seno de la sociedad uruguaya aumentando el grado de confrontación interna. La Iglesia Católica no fue ajena a ese proceso a lo que deben sumarse las divisiones que trajo aparejado la aplicación del Concilio a nivel local. El primer gran conflicto interno estuvo centrado en la conducción de la Arquidiócesis de Montevideo (Martínez 1992). El

cardenal Barbieri, titular de la arquidiócesis había visto agravada su salud y el Vaticano nombró un Administrador Apostólico que contaba con el apoyo del nuncio. El Nuevo Administrador (Mons. Corso) tenía una posición abiertamente contraria a la realización de cambios, incluidos los provenientes de la mayoría.

Esta actitud lo enfrentó con la mayoría del clero y del laicado, especialmente los provenientes de movimientos apostólicos. El enfrentamiento tuvo ribetes muy altos y luego de varios episodios – donde el más notorio fue el que se desarrolló en medio de un acto público el día del Papa, en donde el nuncio fue abucheado – el Vaticano resolvió la creación de una diócesis, por la división de otra existente, y trasladó a dicho lugar a Mons. Corso, envió un interventor a la nunciatura y luego sustituyó al nuncio y nombró Administrador Apostólico a Mons. Carlos Parteli, el obispo con mayor preocupación por la cuestión social.

A partir de la llegada del nuevo Administrador apostólico de Montevideo, que fue un activo participante en el Concilio Vaticano y presidió la Comisión de Paz de la Conferencia de Obispos de Medellín) comenzó de una época de apertura a la participación laical y de mayor presencia de la Iglesia en las cuestiones sociales. Asimismo, el conjunto de actores de la sociedad uruguaya reaccionó frente a este cambio de posicionamiento, reclamando la no intromisión en asuntos que no era de su competencia, por un lado y por otro aplaudiendo sus posturas en lo social. Cabe aclarar que esta nueva presencia de la Iglesia en la escena pública no se hizo en una perspectiva integralista o restauracionista, donde se llamara a la reconstrucción del ser católico en la sociedad, sino que se hizo en perspectiva de diálogo y de presencia en favor de los más necesitados y de la libertad. Esto cambió la presencia de la iglesia en la esfera pública sobre todo en la segunda mitad de la década del 60, aunque su episcopado estaba también atravesado por las mismas tensiones que el conjunto de la sociedad..

En 1973, se llevó a cabo un golpe de estado y comenzó la dictadura uruguaya. Frente a la misma la Iglesia sigue teniendo una actitud de presencia en lo público aunque su episcopado, por mayoría, quitó libertad de acción a los obispos más propensos a

una presencia en lo social, neutralizándose en cierta forma el accionar público, aunque no su presencia en lo público, aunque ahora la Iglesia era vigilada como todos los demás actores del país. Mientras el episcopado neutralizaba su acción como tal, la mayoría de las parroquias abrió sus puertas a la participación ciudadana y generó espacios de libertad a muchas organizaciones sociales y políticas.

El retorno a la democracia en 1985 es coincidente con el cambio de Arzobispo de Montevideo. La nueva administración, así como el conjunto de la Iglesia aparecen en la escena pública sin proyectos claramente definidos. En estos últimos años, luego de marchas y contramarchas – en general – se puede apreciar un andar inercial de la Iglesia sobre la base de la experiencia pasada y la presencia social, en algunos casos de forma inercial.

Concomitantemente el universo religioso da muestras de cambios. El primero de ellos que la propia sociedad comienza a vislumbrar es el referido a la instalación de religiosidad afro-brasileña que entró al Uruguay por las fronteras terrestres con Brasil y que comienza a realizar celebraciones públicas los días 2 de febrero en las playas de Montevideo.

El segundo cambio más visible es la aparición del pentecostalismo a través de la proliferación de templos en algunos barrios de sectores bajos y en el propio centro de Montevideo. Estas iglesias provienen sobre todo de Argentina y Brasil.

La reestructura del campo religioso que se opera en el mundo actual sorprende a la Iglesia Católica que no encuentra respuestas frente al mismo o tiende a ensayar respuestas aisladas.

Si tuviéramos que caracterizar el momento actual podríamos decir que en la iglesia Católica no hay conciencia del cambio de lugar social de lo religioso, y que hay confusión o mejor dicho el “despiste” en torno a esa situación.

Es así que las acciones pastorales son aisladas: El crecimiento concentrado de la experiencia carismática (o pentecostalismo católico), el crecimiento y estabilización de movimientos de corte intimista y con una vivencia propia de lo simbólico, los movimientos espiritualistas intimistas, las propuestas de fuerte com-

promiso con los sectores más débiles, etc., son algunos de las principales tendencias que se pueden apreciar.

Si es claro que los itinerarios locales del catolicismo y el peculiar “proceso de secularización” han marcado su impronta en la sociedad y en la Iglesia y que la Iglesia uruguaya no sería entendible sin ese itinerario. A diferencia de otros lugares, como por ejemplo la Argentina, el catolicismo intransigente no sólo no es hegemónico (Mallimaci 1996) sino que su significación es escasa.

En el medio del conflicto de la secularización (1867-1906) este fue sin duda muy importante, pero ya en los últimos años del mismo se notaban importantes cambios de posición referidas a lo sano que podría llegar a ser una separación entre Iglesia y Estado. El propio Arzobispo de Montevideo así lo dejaba consignado en uno de sus escritos (Cayetano y Geymonat 1997).

Formas y tipos de catolicismo

El “ser católico” no es parte de la construcción identitaria del Uruguay y si es parte de esa construcción el reconocimiento del Uruguay como una sociedad secularizada, laica.

No me resulta posible con los elementos de análisis de que dispongo elaborar una tipología clara del catolicismo uruguayo, o mejor de los catolicismos uruguayos, sin embargo se pueden mencionar brevemente algunas líneas de clasificación que nos permitirán seguir avanzando en la investigación.

Un tipo es el que Mallimaci (1996) llama “Comunidades Emocionales” en los que la consideración de lo emocional y lo íntimo tiene un lugar central y en el que la conjuración de la incertidumbre personal juegan un rol importante en los contenidos centrales. Encontramos aquí a la experiencia carismática, así como a los neocatecumenales, la Comunidad Jerusalén, Dalmanutá, entre otros.

Otro tipo de catolicismo es el que podríamos llamar “dialogante con perfil social”. El nombre de la categoría habla de que se percibe una actitud donde no se plantea la preeminencia de un modelo católico de sociedad, y por tanto, dialoga con ésta. Y el

perfil social viene dado por su opción a tener presencia en el mundo de los excluidos, los más pobres y desde allí desarrollar su fe católica.

Probablemente estos sean los pilares articuladores de la presencia del catolicismo en la sociedad uruguaya, aunque sin duda no los únicos, ya que haría falta mencionar otras experiencias como la del Opus Dei.

Con excepción de algunos movimientos de tipo “comunidades emocionales” la presencia en lo social, en el mundo de los pobres y los excluidos con propuestas de distinto tipo parece estar presente en la mayoría de las propuestas mencionadas incluida, claro está la del Opus Dei y teniendo un lugar más importante en el tipo “dialogante”.

Aunque el tipo “dialogante” es hoy por hoy hegemónico el momento actual parece caracterizarse como de “continuidad inercial y propuestas por ensayo y error”. Esto quiere decir que muchas de las acciones pastorales de los distintos espacios dentro del catolicismo uruguayo intentan seguir adelante con un alto grado de perplejidad por las nuevas interrogantes puestas por los cambios de ésta época o mejor por este cambio de época y ensayando en ese universo respuestas con alto contenido de modelos del pasado reciente (años 60 y 70), por un lado y/o tratando de incorporar otros elementos provenientes de la confrontación personal de quienes lo llevan adelante con nuevos requerimientos del momento o incluso ante el cuestionamiento que otras propuestas religiosas no católicas ponen a su frente como desafío de estas horas.

La alta capacidad normatizadora de la Iglesia, y quizá también de la sociedad, uruguaya muestra que la aparición de propuestas diversas, provenientes fundamentalmente de fuera del país, y que poseen una lógica interna propia y altamente coherente consigo mismas han sufrido, luego de su llegada y primer impacto, un acotamiento de sus posibilidades de crecimiento y de convertirse en masivas o hegemónicas. A esto debe sumarse la inexistencia de liderazgos claros dentro del seno del episcopado y también del cuerpo sacerdotal.

Los próximos años serán, quizá, momentos de replanteos y reubicación del ser y quehacer de la Iglesia Católica en el seno de la sociedad uruguaya. Cabe preguntarnos si la no existencia de modelos claramente dinamizadores persistirá por mucho tiempo o si alguna de las experiencias existentes logrará adquirir un dinamismo y un peso interno propio que le permita replantear las formas de presencia de la Iglesia Católica o quizá la demanda de un catolicismo romano preocupado por acrecentar el número de católicos genere un empuje importante en esa dirección. Queda también presente la pregunta de si surgirán líderes claros que funcionen de factores aglutinantes que permitan dinamizar todo este proceso.

Estas preguntas sólo las responderá el futuro, aunque seguramente el esbozo de las mismas está presente en los diferentes catolicismos existentes en el Uruguay y quizá fuera de sus fronteras.

Referencias bibliográficas

- ANDACHT, F. 1992. *Signos reales del Uruguay imaginario*, Montevideo: Trilce.
- BAZZANO, D. et al. 1993. *Breve Visión de la Historia de la Iglesia en el Uruguay*. Montevideo: Obsur.
- CAETANO, G., GEYMONAT, R. 1997. *La secularización uruguaya (1859-1919): Catolicismo y privatización de lo religioso*. Montevideo: Taurus-Obsur.
- ESTRUCH, J. 1994. "El mito de la secularización". In: Diaz Salazar et al. (orgs) *Formas modernas de religión*. Madrid: Alianza.
- GINER, S. 1994. "La religión civil". In: Diaz Salazar et al. (orgs) *Formas modernas de religión*. Madrid: Alianza.
- HERVIEU-LEGER, D. 1986. *Vers un nouveau christianisme?* Paris: E. Du Cerf.
- MALLIMACI, F. 1996. "Diversidad Católica en una Sociedad Globalizada y excluyente. Una mirada al fin del milenio desde Argentina". *Sociedad y Religión* 14/15.
- MARTINEZ, A., 1992. *La renovación conciliar en Montevideo, impulsos y resistencias*. Montevideo: Monografías de OBSUR.
- SEGUNDO, J. L. y RODE, P. 1969. "Presencia de la Iglesia". In: Enciclopedia Uruguaya N° 37. Montevideo.